

X.

Al día siguiente de su retiro, despertóse muy de mañana, asombrado de aquel silencio, admirado de verse solo en su casa, y comprendiendo por primera vez que no era más que un viejo.

Entonces empezó para él esa vida del fin que de semana en semana iba impregnándose más y más de un pésimo gusto de muerte. Debilitábase á pesar de los cuidados y á pesar del sosiego. Replegándose en su interior, en la súbita tranquilidad de su existencia de retirado, ahora era cuando sentía la pesada fatiga de sus cuarenta años de mar y cuando tenía conciencia, aunque demasiado tarde, de su irremediable agotamiento.

Al cabo de cinco años de esta dulce vida, la destrucción adelantó tanto, que si encontraba antiguos amigos, casi tenía necesidad de decir su nombre para que le conocieran.

Las noches principalmente le estenuaban.

Hasta por la mañana permanecía bañado en copiosos sudores, y tenía siempre pesadillas. Parecía que su cabeza se vaciaba lentamente en este misterioso trabajo y en estas evocaciones del sueño.

Al despertar le dolían los brazos y las piernas, y se sentía quebrantado como cuando en su juventud abusaba de las fuerzas que le formaron sus poderosos músculos. Pero ahora, por el contrario, su cuerpo disminuía; disminuían sus miembros durante esas traspiraciones nocturnas, y el esqueleto óseo empezaba á señalarse bajo la carne ablandada.

Siempre eran escenas semejantes las que soñaba. Creíase á bordo en su lecho de campaña, falto de aire, con mal tiempo, en el fondo de algún entrepuente cerrado, de donde le venían á buscar para que hiciese la guardia y las maniobras necesarias. Precipitadamente quería vestirse, correr, exasperándose por haber faltado al servicio, presa de una ansiedad terrible, pensando lo que podría suceder en la arboladura. Pero no encontraba su ropa, no veía camino por donde salir, y no se reconocía ya.....

Otras veces, si lograba llegar hasta el puente y comprendía la maniobra que había que ejecutar, su silbato no sonaba, sus brazos carecían de vigor y luchaba mucho tiempo contra su extraña inercia hasta rendirse.

Despertábase al fin, y solo oía el ruido familiar del viento de Oeste entrando por las rendijas de su puerta, ó de la lluvia de invierno al caer sobre su tejado. Poco á poco se acordaba de que lo demás acabó para siempre y que él mismo acabaría bien pronto..... Entonces nueva y más horrible angustia le sobrecogía.....

Realmente tenía de qué vivir con su pensión, su cruz y su dinero colocado.

Todas las menudencias de la existencia de Kervella hallábanse arregladas al día y con la mayor precisión, por aquella costumbre de orden que adquieren á bordo los veteranos.

Él mismo se preparaba sus comidas, se hacía la cama, aseaba el cuarto y lavaba su ropa blanca ciertos días de la semana en su patinillo de atrás.

Una vieja del Portzie, llamada la tía Segal, pasaba por las mañanas y se encargaba de la com-

pra. Algunos otros retirados de Marina como él, y también como él sin familia (figuras llenas de chirlos, testimonio de antiguas aventuras, ó figuras respetables de valientes militares, con su cinta roja ó amarilla en el ojal); esos otros veteranos, decimos, se atrevían á ir á Recouvrance, con la cesta al brazo, por sus modestas provisiones de solitarios. Y verdaderamente que no por ello debían avergonzarse; pero Kervella se resistía, repugnándole el cesto, las discusiones y los regateos. Y eso que, como todos los marinos, tenía costumbre de todos esos quehaceres que la gente de tierra encomienda al otro sexo. Así que se le veía en su casa repasar sus trajes, cambiar los botones de sus prendas militares para convertirlas en *prendas civiles*, y coser bastante de prisa con sus rudas manos ennegrecidas en aquel anciano de facciones todavía nobles, que tantos prodigios de fuerza ejecutó en otros tiempos.

Las flores se daban bien en el pequeño *parterre* de su jardinillo, siendo éste el último placer que no había engañado sus esperanzas.

La llegada de los buques, los mil ruidos que los

marineros producen durante la noche por las calles, y sus cantos á lo lejos, todas estas fiestas de la juventud que para él ya no existían desde hacía mucho tiempo, venían á convertirse ahora en una especie de dolorosos recuerdos que le agitaban en su lecho, mortificándole en los insomnios. Algunas veces se levantaba y abría la ventana para percibir á través del tiempo de la media noche el rumor de Recouvrance, que llegaba allí por encima de las aliagas y los brezos.

En un principio, las primaveras le conmovían también algo, así como una melancolía muy vaga, como el sufrimiento de no *acordarse*.

Esas primeras tardes templadas de Mayo le obligaban á pensar en los confines del Asia, de aquel país en donde había vivido más y dejado á las mujeres mayor porción de su existencia.

Y durante aquellas noches de rocío en que los pájaros cantaban, venían á visitarle á veces criaturas amarillas, medio borradas se balanceaban delante de sus ojos con aquellas túnicas colgantes, enviándole sonrisas de gata burlona y girando sin cesar debajo de su chata sombrilla de mil pliegues,

semejante á una seta. Sin duda eran mujeres que había conocido en alguna parte: de esto hacía memoria; pero ¿qué le querían? Al desaparecer, ya no se inquietaba por seguir las; sin embargo, una noche empezó á vestirse precipitadamente, y á las nueve estaba camino de Brest, con su gran bastón en la mano, andando de prisa, con la cabeza baja y como quien va á hacer una visita que no puede decirse. Y allí, en la parte baja de la calle de Saint-Ives, había vuelto á ver mujeres que no eran amarillas, que no llevaban ni sombrillas ni faldas de crespón bordadas, pero que hablaban de cosas obscenas con inmundos atrevimientos. Luego regresó agotado y vergonzoso, conservando desde este momento para siempre el pudor y la dignidad de su vejez.

Los veranos cultivaba plantas trepadoras que dirigía sobre su chata casita, y le recordaban las lianas, arreglando delante de su puerta un pequeño emparrado con aspecto de baranda.

Una de sus alegrías mayores consistía en ponerse su traje de nankín y coger el abanico de hoja de palmera, las dos ó tres noches al año que hacía

bastante calor para recordarle aquellas regiones exóticas que ya no debía volver á ver.

A mediados de Julio se celebraba anualmente una feria más allá del Porzie, en la aldea de Santa Ana, y en este día una alegre muchedumbre pasaba desde la mañana á la noche, como si fuera procesión, en la que los marineros dominaban. Mucho tiempo antes de que llegara esa fiesta, que señalaba para él como el apogeo del estío, estaba pensando en ella, y desde muy temprano, bien vestido, con su abanico, y sacando fuera el loro, se sentaba delante de su puerta para ver y ser visto. Al pasar, con efecto, miraban las gentes á aquel anciano, dueño del jardinillo y con sus pendientes de oro en las orejas.

Todavía no se notaba en él cosa ninguna que pudiera prestarse á la broma; su aspecto era tieso y duro; sus ojos, movibles en otro tiempo y que sabían ser dulces, ya no decían nada, cubiertos por sus párpados como lámparas apagadas é inútiles; las líneas de este rostro se conservaban, sin embargo, correctas, pero rígidas y semejantes á la momia de un pirata.

Cuando la tarde se echaba encima; cuando aquel día de fiesta había terminado; cuando los últimos grupos se alejaban, Kerwella, solo, en medio del silencio, era presa de la tristeza más desesperada. ¡Un verano más!....

Y ya en seguida iba á empezar el invierno con sus lluvias, sus noches largas y dolorosas. ¡Un año más desvanecido, como tantos otros, en los abismos sin fondo!

No tenía, no, ciertamente ganas de morir ahora; era demasiado viejo para semejante idea. Y se cuidaba más y más, como si se agarrara con sus crispadas manos á lo poco que le quedaba de vida.

Y nunca el tiempo que quería detener marchaba tan presto; los días, los meses, las estaciones huían sin tregua ni reposo con la espantosa rapidez y el horrible silencio de las cosas que caen en el vacío.

XI.

En uno de los años sufrió cierto aviso que le atemorizó bastante.

Soñando por la noche, figuróse que atravesaba alguno de aquellos profundos mares en que no se espera ver cosa ninguna; tranquila la superficie hasta podérsela comparar con una losa de mármol gris, inmensa como el desierto. Era la hora del crepúsculo, y estaba él de centinela en un barco. A sus pies dormía una mujer asiática, cuyo nombre sabía, Nam-Teu, y recordaba perfectamente haberla conocido en otro tiempo y en otra parte.

Balanceábase suavemente, sin inquietud y sin ruido; pero de repente, allí cerca, surgió una de esas cosas que se llaman *balizas* ó *señales*, que indican á los marinos los peligros invisibles de las profundidades de las aguas.

En la vida real, en pleno día, tuvo hacía treinta años una sorpresa parecida.

Conducía entonces una lancha por cierto río de la Indochina, que serpentea durante muchas leguas en medio de llanuras encajadas de verdes arbustos, en suelo de fango, deshabitadas é inhabitadas, más monótonas y más muertas que un mar sin barcos. Por todas partes la envenenada verdura de las regiones bajas del Ecuador aparecía como engañosa magnificencia, por encima de la desolación de los grandes pantanos. Pesadez en el aire, pesadez irresistible de mediodía le atormentaba y vencía, entregándolo al sopor, aunque con los ojos siempre abiertos ante los resplandores de aquella terrible y espléndida luz.

Cerca de él dormitaba una cambodgiana—Nam-Teu—que en aquella época le servía de mujer.

De repente, y en una revuelta del estrecho río, aparecieron tres balizas en forma de triángulos rojos encajados en el extremo de altos mástiles, levantándose como para anunciar un gran peligro debajo de las tranquilas aguas.

Con efecto, era un banco de coral, sitio que por misteriosa selección vinieron á habitar multitudes de madréporas, que andando los siglos acumula-

ron allí millares de células de piedra. Aunque le tenían advertido de la existencia de este banco, único en todos aquellos alrededores, no esperaba encontrarlo tan próximo, y tuvo miedo.

¡Cuán lejanos estaban ya semejantes recuerdos, lejanos en el tiempo y en el espacio, perdidos en el fondo de un pasado muerto! Recuerdos de sol y de vida, ¿qué raíces teníais para renacer, en una noche lluviosa de invierno, de en medio de las cenizas de aquella cabeza vieja y ya hueca y producir esta última visión senil y deforme.

Las balizas que repentinamente surgieron del fondo del mar gris de su sueño eran muy numerosas y se acumulaban como para advertir de algún peligro sobrenatural é indecible, afectando toda clase de formas extrañas y desconocidas, en la punta de unos palos muy largos, desplegándose como brazos, haciendo señales, agitándose con la impotencia desesperante de cosas mudas que quisieran gritar, y trazando en el pálido cielo mágicas escrituras.

Y se despertó presa de profundo terror como si se aproximaran cosas fatales que no pudieran con-

jurarse. Debía verdaderamente ser espantoso el escollo que de tal manera se anunciaba, y por esto pensó que la muerte era su significado. Transcurrió, sin embargo, el año sin acontecimiento particular alguno.

Sólo hubo en sus costumbres un nuevo cambio, convirtiéndose en goloso. Quejábase constantemente de que aquella tía Le Gall, su ama de gobierno, compraba mal en la plaza y no le traía cosas buenas. Hasta tal punto llegó su disgusto por esta causa, que un día cogió la cesta resueltamente y empezó á ir al mercado él mismo, viéndose por las mañanas en Recouvrance deteniéndose en regatear, como si fuera una criada, con las vendedoras.

Limpio y bien acepillado el gabán viejo de marinerero en que se envolvía, prenda especial que los veteranos retirados usan toda su vida, todavía presentaba buen aspecto y andaba bastante de prisa, aunque ya á la vuelta se agitaba mucho.

Una mañana admitió el convite de otro viejo como él, y entró en su casa tambaleándose por el exceso de la bebida, dándose el caso de que por

primera vez en su vida tuviera que ser reñido vergonzosamente por una mujer, por aquella tía Le Gall, que no se permitía semejantes debilidades sino los domingos por la tarde, y eso no todos.

Sucedía también que por entonces comenzó á acompañar á otros camaradas que cuando hacía buen tiempo se reunían al pie de las fortificaciones, á la puerta de Recouvrance, costumbre que era señal de decadencia en nuestro héroe. Allí se mostraban una serie de gabanes de marinero acepillados, y más que acepillados rapados, vueltos, que abrigaban troncos huesosos y moribundos.

Juntos se entretenían en jugar al tejo y otras diversiones de á bordo, conservando todos ellos, á pesar de su edad, la candidez y niñerías propias de los marineros, pero que ya tomaban un aspecto en cierto modo lúgubre tratándose de ancianos.

Otras veces contábanse mutuamente sus respectivas historias, sentados y formando grupos que verdaderamente causaban lástima.

—Cuando yo estaba embarcado en la *Melpómene*.....

—A bordo de la *Semíramis* me ocurrió una tarde que, al recoger velas, el Almirante me dijo: «Jezequel, ahora te toca á tí.....»

A veces hablaban como para sí de aquellos barcos que ya no existían; de aquellos comandantes que aparecían en sus relatos como personajes de leyenda, si no muertos, convertidos hacia ya mucho tiempo en esos tristes fantasmas que, acabada una carrera admirable de intrepidez, abnegación y honor, van arrastrando lentamente por las calles sus trajes negros y su cinta en el ojal, y algunos que sólo se ven los días de sol en pequeños carruajes de mano.

Cerca de la puerta de Recouvrance existe un laberinto de senderos que van á perderse en sitios deshabitados del término, á lo largo de grandes trozos de muralla de granito abundantes en hierbas y líquenes; senderos verdes muy á propósito para los enamorados, y preferidos por los marineros, que se pasean allí durante la tarde con la muchachas del arrabal. Pues bien, todos aquellos viejos retirados del servicio habían escogido la encrucijada de estos caminos para congregarse,

haciendo del lugar como una especie de antesala del cementerio. Unos limpios y dignos, con su perpetuo gaban abrochado; otros sórdidos, repletos de alcohol, de mal aspecto; pero constituyendo todós un enjambre verdaderamente lamentable.

Y sin embargo, habían sido en otro tiempo listos y fuertes, gastados ahora en el servicio de la patria, que en premio les concedía lo estrictamente indispensable para no morir de hambre; y aun figuraban entre ellos algunos tan valientes y tan buenos en el pasado, que todavía en sus restos, y á pesar de todo, resultaban como cosas venerables y casi sagradas.

Viejas ruinas de los bravos que fueron, veían pasar por su lado aquellos jóvenes con su camisa azul flexible, llevando del brazo su pareja y con prisa de esconderse entre aquellos caminos de hierbas y bajo los olmos de las murallas. La vida y el mar les atraían con toda clase de encantos, creyendo que jamás se acabaría aquella plena juventud de marinero, más vigorosa que la del resto de los hombres, sin tener en cuenta, sin mirar siquiera aquellos espectros que habían sido sus

iguales, saltando alegremente por la tarde como niños, ebrios de salud y de fuerza, precisamente á la hora en que los viejos, con su cabeza movable, regresaban á sus viviendas apoyándose en su palo para poder andar.

XII.

Un invierno llegó en que el triste temblor de los viejos se apoderó de él hasta el punto de que dejaba caer cuanto tocaba y rompía muchos objetos de su casita.

La *enfermedad de la luna*, que había padecido en otro tiempo bajo el Ecuador, se le había reproducido. Los médicos de á bordo la denominan *hemeralopia*, y ataca a los marineros que duermen al aire libre en los países cálidos.

Kerwella no veía gota en cuanto se quitaba el sol, y tenía necesidad de andar á tientas como los ciegos.

Iba apagándose y tejiéndose á su alrededor espesos velos sobre todas las cosas.

Se sentía siempre con la cabeza pesada, aunque en realidad la tuviera casi vacía de ideas, y algunas noches se representaba la figura de un chino que se acercaba para mortificarle, y entonces se

ponía colérico, lanzando injurias formidables, agitando mucho, imaginándose, en fin, que todavía se encontraba en campaña contra ellos.

Ya no dirigía su vista jamás á aquel retrato en que su pequeñuela se hallaba vestida con el traje de la primera comunión, conservando siempre su vela en la mano, pero que cada invierno iba perdiendo de color, á la vez que los restos de la pobre chica, muerta ahora, confundidos en la fosa común, verdecían en medio de aquel montón de osamentas.

Gastaba mucho dinero en comprarse buen vino y cosas fortificantes; pero algunas llagas le salieron en las piernas, y como á todo trance quería continuar siendo limpio, se lavaba solo por las mañanas en su patinillo los lienzos con que se curaba.

Iba poco á poco encorvándose, disminuyendo su estatura y pronunciándose los huesos de sus espaldas.

Su mirada permanecía muerta durante todo el día, y ya no pensaba más que en cuidarse y en comer; pero por la mañana, al despertar, su inteli-

gencia se aclaraba espantosamente, y siempre solo, después de aquella especie de descanso que obtenía en las últimas horas de la noche, se quedaba inmóvil y siniestro, con unos ojos fijos que *comprendían* y *se acordaban*. Después, nada.

¡Pobre resto que la mar no quiso recoger, pobre anciano solitario cuyas lágrimas nadie veía! ¿por qué no murió mucho antes, en aquel tiempo de su hermosa juventud?

Los animales libres no se arrastran de esta suerte, sino que conservan hasta el fin su forma y su manera de ser uniéndose y reproduciéndose. Solamente para el hombre se hizo esa larga vejez que es la burla de la vida.

XIII.

La primavera siguiente todavía le puso más temblón, más débil. Disfrutaba de su jardinillo; sus sueños no eran ya las pesadillas de otras veces, sino recuerdos de espacio y de sol como las profundas lontananzas de las aguas azules y cambiantes, y siempre con algún detalle de mástiles vergas ó velas. En el fondo de su cerebro que se escapaba, quedaron estas últimas imágenes de su juventud pasada, ó quizás por transmisión misteriosa venían de más lejos, aun de sus ascendientes, todos marinos como él.

Todo se acabó; jamás, jamás volvería á ver el esplendor azul, el esplendor infinito de los mares, ni él ni ningún hijo de su sangre, porque era fuente agotada de donde no había de sobrevivir cosa alguna.

A la caída de la noche se sentía medroso, diciendo que al fin se moriría solo; pero la tía Le

Gall, que permanecía en la casa todo el día por su sueldo, rehusaba dormir en ella para evitar murmuraciones.

Las llagas de sus piernas se habían extendido mucho, continuando él lavando por sí mismo con gran cuidado sus trapos, queriendo resueltamente permanecer limpio; pero algunas veces se equivocaba y resultaban por esto cosas sucias.

En Mayo intentó trabajar en su jardín, dándole mucha guerra sus dos pequeños arriates, que tomaron por entonces ya un aspecto de abandono, y de donde brotaban altas hierbas, como alrededor de las tumbas sucede. Y eso que Mayo se anunciaba muy hermoso; las golondrinas, que formaron un nido bajo el techo de la casita, cantaban desde la mañana sus risueños amores; por doquiera el campo producía nuevos verdores, y las flores brotaban en abundancia..... Alegría para los demás, para todo cuanto era joven; para él ironía atroz, más siniestra que el estertor de la muerte.

Iba y venía, bajándose con trabajo para ver de arrancar las hierbas malignas. Una vieja fusia, que se había hecho árbol al influjo del dulce clima de

Bretaña, ocupaba con sus ramas colgantes casi todo el caminito; por lo alto estaba casi seca, pero por junto á la tierra había vuelto á florecer profusamente como planta joven; y cuando el viejo pasaba, todas estas flores color de coral que frotaban el paño usado de su gabán de marinero, depositaban en fresco polvo el exceso de su polen amarillo. Él también en otro tiempo había esparcido al azar la savia exuberante de su vida.

Pero los hombres no florecen ya en su vejez como los árboles que se renuevan, sino que su fin es una horrible descomposición.

Pasó el verano; el calor le reanimaba un poco, y poniéndose por última vez la chaqueta de nanquín, se abanicaba con la hoja de palmera. Pero el invierno le trajo una pernicioso hinchazón que parecía bolsa llena de agua. Y él se cuidaba, se cuidaba, embruteciéndose en la única idea de conservarse á toda costa.

—¿Quién sabe—se decía—si á fuerza de precauciones podré llegar á la primavera próxima?...

Pero no. Una noche de Marzo, la muerte, que pasaba camino de Brest á rematar algunos enfer-

mos del pulmón, se detuvo también allí. Torció su boca, cerró sus ojos, desfiguró sus dedos, y continuó el camino, dejándole rígido sobre su lecho y fijo en la postura que había de guardar hasta el momento de caer en pedazos á la última podredumbre.

XIV.

Á la mañana siguiente llegó la tía Le Gall, y, viéndole en tal estado, gritó: «¡Jesús mío, el viejo ha muerto.»

Marineros le llevaron: este fué su voto, como es el de casi todos los viejos marinos. Y como se hallaba condecorado, un piquete de fuerza armada siguió el cortejo digno y honroso.

Andando el tiempo, se vió en el portal de una prendería de uno de los arrabales de Brest, la chaqueta de nankín, el abanico de palmera y aquel cuadro de conchas que encerraba el retrato de la niña con su traje de primera comunión.

FIN.